

# I M A G E N E S

## F R A N C I S C O G O I T I A

ES un caso único. Alejado de la ciudad, de los círculos artísticos, de la "corriente oficial", Goitia vive dando clases de dibujo a los niños de las escuelas de Xochimilco, dentro de una modestia acorde con su labor. Su pintura, de una pureza de sentimiento y de una profundidad emotiva incomparable, merece uno de los primeros lugares de la plástica mexicana.

Nació en Zacatecas. Vino a México muy joven y estudió en la Academia de Bellas Artes. Trabajó como impresor de aguas fuertes y, en 1904, fue a Europa. Viaja por Italia. En España estudia con Francisco Galí y expone en Barcelona, donde el museo local adquirió una colección de sus obras. En 1912 vuelve a México. Se incorpora a las fuerzas revolucionarias del General Angeles y está presente "como artista atento al movimiento social de la época" en las luchas del Norte de la República. Al triunfo de la facción carrancista, volvió a la ciudad de México. Don Manuel Gamio lo comisiona para hacer estudios sobre la población y el valle de San Juan Teotihuacán, y va a buscar "el dolor de la raza a través de sus sufrimientos pasados y presentes". Su actividad como pintor, hasta entonces limitada a experimentación y estudio, encuentra la inspiración buscada. La tierra, la raza, sus aspectos expresivos, los revela en su cultura con interpretaciones personalísimas en las que la miseria, la tristeza y el sufrimiento del hombre son el trasunto social de la obra. Una

gran cantidad de estudios, apuntes y bocetos—carbones, pasteles y acuarelas—existentes en el salón de recibo del Subsecretario de Educación Pública, unos y otros en poder de particulares, han quedado de esas fechas.

En 1924, en ocasión de las conferencias dadas en el Instituto Carnegie de Washington, D. C., por don Manuel Gamio, a quien se debe la obra hecha en México por Goitia, fue expuesta una colección de sus pinturas. Va a Oaxaca en 1925 a estudiar la raza indígena. Continúa pintando al óleo con técnica propia y distinguida que expresa la impresión buscada de una apariencia tenebrosa y arcaica como el sentimiento martirizado de las figuras que pinta. Escenas de la revolución, "pobres", mendigos, heridos, gentes del pueblo agobiadas por su miseria artística y moral, a las que el trazó impreciso, esquivo, y los colores grises, remotos, diluïdos en pinceladas de tonos lejanos dan el aliento de su misma vida, son los temas de estas obras que su devoción y espontaneidad han humanizado con emoción de artista.

Goitia, espíritu místico, intoxicado por su propia emoción, es el caso de un artista como los de la Edad Media, porque, más que un caudal de experiencias y nuevos procedimientos técnicos, deja a su raza y a su época un sentimiento de comunión con el género humano.

**AGUSTIN VELAZQUEZ CHAVEZ**

# J U L I O C A S T E L L A N O S

EN Julio Castellanos se da el caso singular de un artista que después de una revisión atenta de escuelas antiguas e influencias modernas, ha tenido el suficiente dominio sobre sí mismo para mantener su propio equilibrio y escapar a las tácitas sollicitaciones extrañas ante las que tantos pintores bien preparados, pero impacientes, sucumben.

Después de sobresalir en el dibujo hasta un grado en que no vacilaríamos en calificarlo de joven maestro, su aptitud plástica encontró en la pintura un camino que ahora recorre con paso excepcionalmente seguro. Entre los muralistas mexicanos, ya desde su primer trabajo—realizado en Coyoacán—mostró un definido arraigo en el género.

En cada una de sus actividades pictóricas, Julio Castellanos muestra una capacidad difícilmente igualable para resolver los volúmenes. Sus figuras corresponden siempre a una voluntad inflexible de integridad y pureza. Y no busca sólo la perfección formal: sabe colocarlas y definir-

las, mediante el expresivo lenguaje del tacto, en ambientes de poesía.

Cuando el espectador tiene ocasión de revisar un óleo de Castellanos y se detiene a comprobar esas calidades inusitadas, densas y sin mancha que son su principal característica, de nuevo se inserta en sus ojos el testimonio de la obsesión del pintor por ir definiendo la forma con arrojo creciente cada día. Esto mismo se puede apreciar en sus litografías.

El fresco que pintó en Coyoacán es algo así como una síntesis de las virtudes pictóricas que concurren en Castellanos; pero debe añadirse la segura elegancia con que acertó a resolver las dificultades por él mismo provocadas, así como su visión certera para llenar los espacios del modo más armonioso y decisivo.

**MIGUEL N. LIRA**